**4 de enero - Feria de Navidad**

4 de enero de 2021  
1Jn 3, 22-4,6  
Sal 2  
Mt 4, 12-17.23-25

*Eduardo Suanzes, msps*

Ayer celebramos la manifestación de Jesús en Belén y hoy la Liturgia nos lo presenta ya andando por los caminos, trasladándose desde la zona del Mar Muerto, en el Sur, a Cafarnaúm, al Norte, a Galilea, donde se instalará y la tomará como base estratégica de su vida itinerante. El sur, por el momento se había convertido en un terreno peligroso (Herodes hizo detener a Juan y lo mató) y todavía no había llegado su hora: le faltaba mucho por hacer. Solo volvería al sur, una vez al año, por la Pascua.

Mateo, aprovechando este movimiento de Jesús menciona a Isaías e identifica a Jesús como la luz: «*El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande*». Luz y tinieblas ya desde el principio se hacen patentes. Desde el principio se impone discernir, estar atentos, para caminar; enterarnos, de qué es luz y qué las tinieblas. Luz y tinieblas no son reconciliables, son opuestas: lo que es luz es luz, y lo que son tinieblas son tinieblas. Y no pueden coexistir ambas: si hay luz no puede haber tinieblas y viceversa.

A veces es fácil el discernimiento cuando se da una oposición frontal con el evangelio; pero otras veces no lo es tanto.

Siempre me ha llamado la atención el hecho de que se compara en la Palabra a Jesús con la luz; es más, Él, en Juan, se define como la luz del mundo y que quien le sigue no camina en tinieblas. Digo, que siempre me ha llevado a la reflexión esta comparación que de sí mismo hace Jesús, porque si lo pensamos bien, a la luz, en nuestra experiencia cotidiana, no la vemos: lo que vemos son los objetos iluminados: la luz es la realidad física que hace posible que veamos los objetos iluminados. Si continuamos con esta reflexión, lo que hace Jesús es iluminar nuestra vida como ilumina el camino un faro en la noche. Un camino se ilumina para que podamos avanzar en él: a nadie le interesa iluminar un camino para quedarse quieto. Lo iluminamos para poder llegar a donde queremos ir y eso lo hacemos separándonos de la oscuridad. Pedro y los demás apóstoles estuvieron con él, con la Luz, y sin embargo lo traicionaron. Se trata, pues, más bien, de dejarse iluminar por la Luz y eso no siempre es fácil.

Ese es justo el movimiento espiritual que se da en nuestro interior cuando optamos por Jesús. La opción por Jesús, la Luz, implica la separación de la oscuridad. Querer ser iluminados por él supone, de antemano, una condición; y la condición es estar frente a él sin condiciones, con nuestros paraguas cerrados, sin filtros, fiarse de él. Por eso digo que no es fácil. Pero el seguidor de Jesús eso lo sabe y no se espanta.

Luz y tinieblas….; se impone, pues, el discernimiento. En la primera lectura Juan nos dice que la clave está en permanecer en Jesús y que así distinguimos el «*espíritu de la verdad del espíritu del error*», lo que es lo mismo que decir «el espíritu de la luz del espíritu de las tinieblas». Jesús se definió a sí mismo con la Verdad; Luz y error, verdad y mentira, tampoco son reconciliables. Querer vivir en la luz es querer salir del error, y esa será la constante cotidiana de nuestras vidas. Nadie posee la Verdad absoluta: esa la poseeremos en el cielo; pero si podemos tender hacia ella con todas nuestras fuerzas: ese es el seguidor de Jesús.

Jesús, hemos oído comienza su actividad diciendo aquí y allá: «*conviértanse, porque ya está cerca el Reino de los cielos*», el Reino de Dios.

El «reino de Dios» constituye el centro del mensaje de Jesús[[1]](#footnote-1): la utopía que llenaba su corazón, aunque nunca explicara su contenido concreto. Podría traducirse como el proyecto de una nueva humanidad, centrada en la vivencia de la fraternidad, que surge como consecuencia de acoger, confiada y radicalmente, a Dios como "Abbá" o Padre.

Desde otra perspectiva, podría decirse también que el Reino emerge cuando crecemos en una conciencia que está más allá de nosotros mismos, en nuestra identidad más profunda, en la que vivió el propio Jesús. El «Reino de Dios» es el «Reino del Espíritu Santo», por contraposición al «reino del ego». Reino del Espíritu = Reino de la Luz; Reino del ego= reino de las tinieblas, por seguir con la idea del inicio.

A partir de esta última contraposición podemos entender mejor la llamada de Jesús a «convertirse». ***No se trata de cambiar unas obras por otras, sino de modificar nuestra "forma de ver". El término griego "metanoia"*** (que eso es lo que significa la conversión) ***habla de "otro modo de conocer" que no es el habitual (del ego).***

En este sentido, convertirse implica crecer en desapropiación del yo, dejar de vivir girando en torno a él, como si se tratara de nuestra identidad verdadera, y empezar a mirar la realidad –a nosotros mismos, a los otros, al mundo– desde quienes realmente somos, desde nuestra verdadera identidad.

Así entendida, la conversión no es otra cosa que la forma de ver y de vivir desde quienes han tomado distancia de su yo, porque han comprendido que identificarse con él es un engaño que hace «perder la vida», como diría el propio Jesús.

Por ello, el anuncio de Jesús no es, en principio, una exigencia moral, sino una llamada a despertar, a caer en la cuenta de nuestra verdad más profunda; una forma de salir de la oscuridad para llegar a la luz. De esa comprensión habrá de nacer una actitud y un comportamiento coherentes con el proyecto humano –que es el proyecto divino– del «*Reino de los cielos*».

1. Cfr. Enrique Martínez Lozano*. Conversión, hacia otra forma de ver*. En www.feadulta.com [↑](#footnote-ref-1)